

LOS SANTOS INOCENTES

Eduardo Antonio Parra

Una gota de agua estalló en la superficie terrosa arrebatando a Carmen Guerrero del letargo en que la habían sumergido las plegarias a su alrededor. Abrió los ojos. Los ires y venires continuaban en el camposanto entre la luz difusa de un sol que se adormecía del otro lado de las nubes. El viento hacía papalotear las guirnaldas de papel de china, los manteles sobre las tumbas, las estampas de santos con nombres en desuso, las fotos amarillentas; esparcía por todos los rincones el aroma de los manjares enredado en el tufo aceitoso de las veladoras. Aún se escuchaban risas, música, llantos y letanías. Carmen alcanzó el tequila y tomó un trago gordo. Tosió. Se limpió la nariz con la manga de su vestido negro. Después volvió a cerrar los ojos en tanto abría los brazos para tallarse contra el sepulcro, untando los pechos a la losa en un esfuerzo por arrancarle un poco de calor.

Sabía que abrazaba una tumba sin nombre, olvidada como tantas en aquel panteón. Pero que podía hacer, si su muerto se encontraba unos pasos más allá, en compañía de la viuda y los hijos... Al llegar, varias horas antes, vio cómo los niños acomodaban las ofrendas dirigidos por la madre, y cómo, al terminar, los cuatro se sentaron a comer entre sonrisas igual que si se tratara de un día de campo. Ellos no lo echaban realmente de menos, como Carmen, a quien su ausencia había hundido en el desamparo. Nomás a mí me dueles, Gabriel, dijo desde lejos y dio media vuelta para no ser advertida por María de los Ángeles. Deambuló durante un rato por los andadores, sin prestar atención a los altares que los deudos erigían a sus difuntos. De la base de un nicho recogió la botella y, dándose un poco de valor con unos tragos, desanduvo el camino. Cuando se topó con la tumba abandonada se dejó caer de rodillas para murmurarle sus reclamos, su rencor y su desesperación a ese desconocido cubierto de piedra.

Las lágrimas de Carmen escurrían a la lápida y formaban grumos de lodo que se le adherían a las mejillas. Por unos minutos dejó de recordar a Gabriel: la memoria se le había agotado. Veía los remolinos que el polvo levantaba al enroscarse con su respiración, cuando otra gota se desprendió de lo alto para caer a unos centímetros de su nariz. Enseguida otra y otra más. Alzó rostro y vista al cielo: las nubes se habían cuajado hasta ennegrecer y ahora se desgajaban en goterones que al venirse abajo moteaban la tierra con lunares cada vez más prietos. Pero si nunca llueve..., y Carmen no pudo pensar más porque un trueno cimbró el camposanto dando paso a la tormenta.

Familias, grupos de amigos y dolientes solitarios se desbandaron rumbo a la

salida como si temieran que los muertos se fugaran de las tumbas a causa de una inundación. Sólo Carmen aguantaba impasible los embates del aguacero. Las veladoras se extinguieron, resistiendo unas más que otras dentro de su vaso de cristal. Los platos de carne asada, barbacoa, riñonadas de cabrito y mole pronto se llenaron de un caldo grasoso. El pan de muerto y las tortillas se reblandecieron hasta quedar hechos una sopa. Nada más las botellas seguían en su sitio, inalterables, en espera de la presencia de aquellos a quienes habían sido ofrendadas. Desde la tumba sin nombre Carmen Guerrero observó a los rezagados persignarse con una rodilla en tierra en señal de despedida antes de correr en busca de un techo. En cuestión de minutos quedó a solas con la lluvia, a merced de los susurros mortecinos que parecían brotar de debajo de las lápidas...

Dios está enojado con nosotros, no nos ama, le parece poco el infierno al que nos condenó para ser semejantes a los topos y a las lagartijas, nos obliga a soportar la soledad, el abandono, la negrura reseca de un sepulcro estrecho durante todo el año y para qué, ¿para enviarnos ahora el castigo de un torrente que se cuele por cada una de las rendijas y nos tortura con la humedad y el frío?, un año entero esperando esta noche: el banquete preparado con devoción, el vino que alivia la ansiedad del olvido, la fiesta capaz de devolvernos la alegría aunque sea nomás por unas cuantas horas... es cierto: no nos ama ni nos ha amado nunca, nos ignora para que acabemos de pudrirnos sin que nadie nos recuerde, por eso nos destinó a tumbas sin cruz y sin nombre, a criptas con aspecto tan siniestro que ponen a temblar de pavor a la gente ante la perspectiva de morir y acabar en una de ellas, pero nosotros al repudiar el mundo dejamos de ser gente, no somos nada... ya se marchan, la tormenta acalló la música, los cantos, los rezos, se acabaron los consuelos, queda sólo la esperanza de salir a llenarnos de placer, mas con el aguacero es difícil no pensar que nos disolveremos en la lluvia como calaveras de azúcar... ¿por qué no nos perdonas?, ¿no es suficiente para ti que sigamos un día tras otro igual que las hormigas, sepultos en la tierra?, ¿por qué no paras la tormenta que nos impide ausentarnos de estas covachas y vivir nuestra noche?

Empapada hasta el escalofrío, Carmen miraba el camposanto en penumbra a través de la cortina de lluvia: todos se habían ido; los familiares de Gabriel entre los primeros. Caminó con paso incierto sobre la tierra que rápido se transformó en una plasta chiclosa hasta que sus pies pisaron la firmeza de un andador. Avanzó en contra de la tormenta, sintiendo cómo el agua se filtraba a la intimidad de su piel provocándole una serie de estornudos. Cuando estuvo junto al sepulcro de Gabriel barrió con el brazo los platos de comida, las diluidas calaveras de azúcar, los muebles en miniatura y dejó en pie un par de botellas de vino. Estas nos las vamos a tomar los dos, solitos, como antes, dijo y se echó de cuerpo entero encima de la losa.

La había abandonado en medio de la incertidumbre seis meses atrás cuando,

después de estar en la casa chica hasta el amanecer, Gabriel se dirigía a su hogar y su auto fue embestido por una camioneta gringa, viejísima, cuyo conductor era un obrero borracho que celebraba su retorno triunfal del otro lado. Murió en el acto, sin tiempo de nada pero sin sufrir. Estuviste junto a mí tu última noche, le dijo Carmen al mármol, por eso eres más mío que de ella. Bebió un trago mientras intentaba construir en la imaginación un velorio al que no había asistido porque María de los Ángeles la conocía, sabía de las relaciones entre ella y Gabriel y hubiera llamado a uno de sus hermanos para correrla en cuanto se presentara en la funeraria. Difícil ocultar un amorío como el de ellos en una ciudad tan pequeña, aislada por el desierto. «Vuélvete a tu pueblo —le decían las amigas de María de los Ángeles al encontrarse con ella—, aquí nadie te quiere». Pero Carmen no iría a ningún lado. Aquí estaba Gabriel y ella permanecería cerca.

Después de casi una hora de azotar con furia la ciudad, el aguacero languideció. Se convirtió en llovizna, sin viento. Carmen se soltó de la tumba de Gabriel. Tenía frío. Frotó las mangas mojadas del vestido. Su borrachera se había estancado con la lluvia y el alcohol que le hacía olas en el estómago no llegaba a calentarle la sangre. La soledad del cementerio comenzaba a plagarse de rumores acuáticos, borboteos, rechinidos de madera al expandirse, pero por debajo de estos sonidos se alcanzaban a percibir otros, más profundos, como de tierra removiéndose, uñas que arañan piedra, largos suspiros. La atmósfera se transformaba. Un tono ocre licuaba el aire inmóvil. La oscuridad había encapotado las tumbas y sólo dentro de ciertos mausoleos continuaban encendidas unas cuantas veladoras, de esas que no se apagan nunca. De pronto, la sombra de un personaje esculpido en el muro de una cripta pareció agitarse y ella esquivó la vista. La posó en la placa con el nombre de Gabriel Talavera en tanto tomaba otro trago de tequila. Enseguida se recostó de nuevo sobre el mármol refugiándose en el recuerdo de Gabriel, tratando de no hacer caso de los murmullos que, por momentos, crecían en torno suyo hasta ponerla a tiritar...

Todo cuanto poseemos es un pedazo de terreno y la noche de un día durante el año: resplandeciente de risas y sabores, tragos y calidez, compañía, festejo, además de la tierra que se finge protectora para curarnos de la ausencia de recuerdos, de esta memoria ciega incapaz de decirnos algo de nosotros mismos, tierra de cementerio que nos dio cobijo concediéndonos un sitio en su seno aunque no sepamos nuestros nombres ni cómo ni cuándo ni por qué llegamos a ella, que a diferencia del mundo se muestra generosa y nos reconoce y acepta porque sabe que somos santos, unos santos inocentes que creyeron que su estancia en este camposanto sería momentánea, y sin embargo transcurren las semanas y los meses y los años y seguimos haciéndole compañía a las lombrices y las ratas en esta tierra que no se cansa de absorber cuerpos nuevos para cubrir sus huecos que son tantos... pero pronto partiremos, sí, un día como hoy, borrachos de entusiasmo, hartos de alegría, en busca de un lugar

mejor a este donde ya no caben todos los muertos que vomita el mundo, alguna noche quizá ya señalada, porque además de nuestro trozo de tierra lo único que podemos poseer es la fecha probable de nuestra partida, de nuestra fuga, de nuestro alivio, de ese consuelo final que vendrá cuando queden atrás los dolores, las penas y todas las carencias, y sólo podemos acariciar la certeza de que tal día llegará si vivimos con intensidad esta noche, la de la fiesta, la de la orgía que cada año por una sola vez nos despierta la piel, los apetitos, la lengua, el olfato, los ojos... pronto pasará la llovizna, el placer y la vida nos aguardan allá afuera.

La humedad recrudeció el calor. Emergía de la tierra que no necesitaba del sol para evaporar sus excedentes de agua, tejiendo así un ceñido sudario de niebla entre los sepulcros. Carmen ahora transpiraba mientras el recuerdo de la tarde en que conoció a Gabriel aparecía nítido en su memoria. ¿Pa qué cruza la frontera, mija?, le había dicho. Si lo que quiere es trabajar, no necesita seguirse de frente, aquí mero yo la ocupo pa la pizca de algodón. Y se quedó a disgusto, pues ella estaba acostumbrada a la vegetación abundante, no a aquel paisaje yermo donde había que caminar cientos de metros para toparse con un árbol. Contuvo un sollozo y sus palabras surgieron como una letanía sin volumen, un susurro monótono, como si del otro lado de la losa Gabriel arrimara el oído para escuchar su confesión. Pero nunca tuve una brizna entre los dedos, decía, porque siempre aseguraste que en la pizca las manos de mujer se vuelven una desgracia, y tú las querías suavecitas para sentir mis caricias en el cuerpo. Sonrió al advertir un rumor debajo del mármol. Sabía que Gabriel era de esos hombres que jamás terminan de consumirse, porque si lo hicieran consumirían también a quienes estuvieron cerca de ellos. Lo imaginó abriendo los ojos, revolcándose en el ataúd igual que los nonatos cuando reconocen una voz amada. Luego tuvo miedo. Sí, había escuchado un rumor, pero no dentro del sepulcro de Gabriel sino fuera, atrás, en algún rincón del camposanto.

Pisadas. Parecían pisadas. Carmen giró la vista pero lo único que vio fueron tumbas en silencio, la blancura de las estatuas fúnebres y, más allá, las siluetas de los mausoleos dibujadas al carbón contra el fondo de la noche. La luna se debatía en el cielo para vencer la barrera de las nubes y un haz plateado se abrió paso, triunfante, hasta caer en el cementerio. Aún intranquila, Carmen pegó de nuevo el rostro a la losa que encerraba los despojos de Gabriel Talavera, mas un rastrillar en el piso semejante al de las hojas empujadas por el viento la hizo levantar la cabeza. Temblaba. Agotó el último sorbo de tequila y estrelló la botella en la tumba vecina. El cristal se reventó en un eco que se mantuvo vibrando en la quietud por espacio de varios segundos. Carmen rió. Estoy borracha, Gabriel, dijo con los ojos fijos en la placa. Primero creí oír voces, después pasos, ahora no sé ni lo que oigo. Cogió una de las botellas de vino y la revisó. A la bruja de tu mujer se le olvidó el sacacorchos, ¿en qué estaría pensando? Luego recordó el altar, las ofrendas. A menos que..., y se

arrodilló junto al sepulcro a buscar entre las cosas que había tirado.

Su nerviosismo iba en aumento. Sin ponerse de pie, a cada instante erguía la espalda y miraba alrededor intentando escudriñar lo profundo de las sombras. Creía descubrir movimientos en los claroscuros de las esculturas, en el interior de las criptas donde pequeñas luces parpadeaban agitadamente entre la bruma, en los reductos donde las manchas de oscuridad se amontonaban. Percibía el crepitar del silencio: un siseo sordo pero continuo, como el de los organismos que crecen despacio desde la nada. El corazón de Carmen golpeaba duro, con un tamborileo que no se detenía en el pecho sino que arrojaba su ritmo desquiciado al exterior. Cuando la amargura que provenía de sus entrañas le llegó a la boca, supo que debía levantarse y encontrar la salida, que los seres que habitaban el camposanto reclamaban la noche y si descubrían su presencia no podrían contener el asco y el horror hacia ella y su aroma de carne viva y palpitante. Movi6 una rodilla en el suelo y el dolor que le produjo la punta del sacacorchos sumergido en el lodo la hizo olvidar sus temores. Me estoy volviendo loca, ri6 de nuevo, esta vez con una risa falsa. Qué cosas se me ocurren, Gabrielito, dijo mientras con manos ansiosas despojaba a la botella de su capucha para encajar en el corcho el espiral. Estoy muy, pero muy borracha. Apenas la destapó, bebió de ella a grandes tragos dejando que el vino tinto borrara de su lengua el sabor de la hiel y de su mente esas ideas absurdas que la inquietaban.

La oscuridad ha caído por completo, ya se fueron los hombres, comienzan a arrastrarse las lapidas, a abrirse los nichos, se animan los inquilinos de las criptas, es preciso recoger las ofrendas de los deudos, emborracharnos hasta la carcajada y el llanto, hasta la histeria que nos aleje de esta creencia de que la inmovilidad y el sueño nos librarán de los sufrimientos de afuera, de las persecuciones, de los peligros de la vida y no de la muerte, que no guarda ningún significado para nosotros porque el temor a morir sólo tortura a quienes tienen algo y nosotros nomás contamos con un pedazo de tierra, o un nicho, o una plancha vacía dentro de un mausoleo, y con esta noche de dos de noviembre para olvidarnos de los trapos en jirones que nos cubren, de los mendrugos de pan tieso envueltos en periódico que disputamos a las ratas, de los platos, tazas, fotos, cajas de música inservibles, boletas de calificaciones de los hijos de otros y estampas de santos martirizados que recogimos en años anteriores, del agujero compartido con un esqueleto que se ha vuelto entrañable, pero sobre todo para olvidarnos de este nuestro miedo a existir que nos mantiene ocultos, alejados del mundo... ya salen los demás, afuera nos miraremos a los ojos sin reconocernos, sin recordar los nombres que no tenemos porque no nos hacen falta conjuros creados por la gente, nos abrazaremos unos a otros para cantar la tonada que persista en la memoria y quizá la luna nos traiga de regreso un rostro familiar, un paisaje de tierras más amables, al sur, que nos haga llorar un recuerdo imposible de revivir, y después, muchas horas después, cerca del alba, cuando el banquete haya terminado y no quede

ni una gota de mezcal ni de vino ni de pulque en los envases, regresaremos a nuestro refugio para iniciar de nuevo la cuenta de los días hasta el próximo noviembre.

Sus propios temblores y una tos que era un latigazo en la columna vertebral interrumpieron el sopor alcohólico de Carmen. Soñaba con las manos de Gabriel en un recorrido a través de su cuerpo, con los labios de Gabriel enganchados a su boca, con las palabras de Gabriel que le juraban por Dios y todos los santos que jamás la dejaría sola, que siempre estaría junto a ella, aunque volviera a morirse otra vez y otra vez. En alguna parte del sueño fue presa de la inquietud porque ese hombre ya no se mostraba amoroso con ella, únicamente reía en medio de un entrechocar de vasos, vítores y silbidos, y Carmen tuvo la impresión de que ya no soñaba, de que aquello que se le internaba en los oídos procedía del exterior. Váyanse, dijo y se cubrió el rostro con las manos en busca de la imagen esquiva de su amante, mas la tos que le abría senderos de fuego en los pulmones la despertó a una realidad donde se hallaba a la intemperie, ebria, ardiendo en calentura. No importa, dijo casi sin voz. Mejor si muero. Así estaremos juntos para siempre.

Tensó los músculos y tomó impulso con el fin de ponerse en pie, sin embargo la borrachera y la debilidad sólo le permitieron sentarse. Las nubes se habían ido a otro cielo. Una luna llena, rotunda y espléndida, argentaba en relieve el camposanto donde cientos de sombras se retorcián en una danza descompuesta. Carmen se frotó las sienes y la nuca: el dolor que trepanaba su cerebro le provocaba alucinaciones. No encontró la botella de vino: había rodado al lodo. Al agacharse para recogerla perdió el equilibrio y se fue de bruces. Jadeaba. La fiebre era una coraza que inmovilizaba sus miembros, la hacía castañetear los dientes y le oprimía el pecho. No me dejes, Gabriel, susurró y con grandes esfuerzos reptó unos centímetros hasta alcanzar la botella. Aunque casi todo su contenido había escurrido, aún quedaba suficiente para enjuagar las encías y aliviar aunque fuera un poco el ardor de garganta. Después de beber se acurrucó junto al sepulcro de su amante, apretándose las rodillas, tratando de contener los estertores del cuerpo.

Entonces las vio: las siluetas deformes brotaban de cualquier rincón bajo la luz de la luna. Acercaban el rostro a las lápidas para examinar las ofrendas y enseguida las engullían con desesperación. Arrancaban los corchos a mordidas y dejaban caer el licor en torrente dentro de sus bocas. Carmen se replegó aún más contra el sepulcro, y de su pecho surgió un gemido ronco, continuo. Ya no temblaba, sus huesos se habían paralizado. Con ojos muy abiertos veía el ir y venir de las siluetas que se multiplicaban sin cesar, que se arrimaban a las tumbas cercanas permitiéndole percibir con claridad sus semblantes cadavéricos, descarnados y resecos, sus cuerpos moviéndose rígidos, como si hubieran olvidado la capacidad de desplazarse, bajo harapos que quizá en otro tiempo lucieron un color; sus efluvios agrídulces de carne corrupta. Y seguían saliendo de las tumbas, de los nichos. El ruido de las lápidas al

arrastrarse le erizaba la piel a Carmen, le retorció los entresijos obligándola a morderse las mejillas y la lengua para no gritar. No quería que se dieran cuenta de que estaba ahí, tesa de pánico, violando la sacralidad de su festín.

Gabriel, Gabriel, Gabriel, Gabriel, repetía en voz baja, enronquecida, monocorde, con la intención de sofocar en sus oídos aquellas risas semejantes a chillidos de rata que el alcohol había desencadenado por todo el camposanto, los coros de cantares disonantes, los eructos de satisfacción. Sin embargo, al no encontrar cobijo en sus palabras, Carmen las cambió: Protégeme, Dios mío, por favor, no me desampares... Imposible cerrar los ojos y apartar de sí la visión de esos seres que no eran de este mundo, aunque su aspecto los asemejara a los hombres y las mujeres. Rengueaban de tumba en tumba y emitían sonidos animales al masticar con fauces abiertas los guisados, al lamer los pedazos de pan que se deshacían entre sus dedos antes de que pudieran llevárselos a la boca. Uno de ellos llegó a merodear las ofrendas en el sepulcro contiguo y sus ojos se posaron en Carmen sin verla realmente, como si su mirada la traspasara. Tomó una pierna de cabrito y la alzó a la altura de su nariz. La olisqueó despacio, saboreando su aroma, antes de desgarrarla con una dentadura podrida sin que por un segundo sus pupilas se desviarán.

No soportó más. Expulsó el pavor acumulado en un alarido que no hizo sino llamar la atención de los espectros y emprendió la huida a rastras por el fango, tropezando con las tumbas, arañándose manos y rodillas con las yerbas espinosas crecidas entre las piedras. Lloraba con gemidos entrecortados mientras en su mente invocaba una y otra vez el auxilio de los cielos. Las siluetas la seguían de cerca, con andar vacilante, una botella o parte de una ofrenda en las manos, murmurando entre dientes palabras que Carmen no entendía. Urgida por el miedo, se apoyó en una cruz de granito para levantarse y correr, pero su carrera la condujo a la zona del camposanto donde se hallaban las criptas, Perdió de vista a sus perseguidores y, con el corazón preso de un dolor agudo como si fuera a detenerse en cualquier momento, tomó aire en un claro rodeado por mausoleos. Su llanto se había trocado en una especie de hipo apenas perceptible, El sudor se le desprendía de la piel y bordaba su vestido de sal. Las piernas se negarían a mantenerla en pie por mucho tiempo más.

Buscó con la vista un refugio seguro. La puerta entornada de una de las criptas era una ruta de fuga y caminó hacia ella. La empujó y un redoble largo y agudo le dio la bienvenida. A la luz de las veladoras, Carmen vio tres planchas de concreto, dos de ellas ocupadas por féretros antiguos. La tercera tenía un petate extendido y los hilachos de una cobija hechos bola, como si alguien acabara de desenredarse de ella. Un frasco de aguardiente, dos o tres colillas de cigarro, una lata de sardinas y un crucifijo junto a la pared completaban el decorado. A pesar del penetrante olor a orines y madera podrida que se desprendía de él, aquel lecho ejercía una poderosa atracción. Carmen lo acarició con la mano. Qué cansada estoy, Gabriel, dijo con la

vista nublada. ¿Por qué no acaba todo de una vez? Un golpe de angustia la obligó a retroceder hasta la puerta. Cuando estuvo afuera, se topó cara a cara con aquellos seres, tan cerca que veía cada uno de sus rasgos. Sonreían. Sí, le sonreían con sus tristes muecas de almas en pena que no pueden ocultar su lástima hacia quien aún padece los sufrimientos del mundo. Uno de ellos le tendió su botella, otro se quitó el pan de la boca para ofrecérselo. Carmen continuaba inmóvil, mirándolos nada más. Pero cuando uno de los espectros alargó hacia ella un par de garras negras y huesudas perdió lo que le restaba de fuerza y se vino abajo.

Al abrir los ojos creyó que se trataba de una pesadilla interminable. Sin embargo eran reales el aire denso, irrespirable, el dolor que le molía el esqueleto desde los tobillos hasta la nuca, los objetos duros que se le encajaban en la espalda y esa oscuridad rota únicamente por una línea de luz cerca de sus pies. La habían alzado en vilo. Recordó la presión de decenas de manos aferradas a su carne en brazos y piernas, transportándola de un sitio a otro en medio de exclamaciones ahogadas y risas débiles. Alguien vació en su boca un chorro de mezcal que la hizo toser. Enseguida unos dedos de sabor terroso acomodaron un poco de pan entre sus labios en lo que le pareció un extraño ritual. Pan y vino: mezcal y pan de muerto. Finalmente la habían depositado en un reducto estrecho desde donde, antes de desmayarse, Carmen alcanzó a ver cómo las estrellas del cielo se disolvían primero en una nube de polvo y después en la nada. Me enterraron, comprendió cuando el estómago comenzó a cerrársele en un nudo ciego. Me trajeron a la tumba de Gabriel.

Nomás a mí me dueles... Juntos para siempre... No me dejes, Gabriel... Las frases de amor eterno pronunciadas antes con firmeza le resonaban ahora en el cerebro semejantes a una sentencia. Llena de presentimientos macabros, llevo una mano bajo su cuerpo para comprobar que no se hallaba sobre el ataúd de su amante, como había creído, sino en una superficie llana. Junto a su espalda reconoció un par de botellas pequeñas, un envoltorio de papel, una cajetilla de cigarros, un santito de bulto. Me pusieron ofrendas, pensó y todas las vivencias acumuladas durante la noche se le agolparon en el pecho. Al tiempo que un grito mudo le llagaba la garganta, golpeó con los puños la lápida encima de su rostro y la raya de luz a sus pies vibró haciéndose más ancha. No la habían sellado. La esperanza de escapar la fortaleció. Con rodillas y manos empujó, despellejándose la piel con las aristas del cemento sin desbatar, hasta que la losa cayó al suelo y produjo un estruendo que retumbó en la soledad del cementerio.

Carmen emergió ciega del sepulcro a causa de la intensidad de la luz. Sus piernas resentían la nueva posición e iniciaron un temblor constante, pero sus pulmones jalaban aire puro y el aroma limpio y recalentado del desierto. No le restaban lágrimas para llorar; tuvo que conformarse con un hondo suspiro. Cuando sus pupilas se habituaron al resplandor, supo que habían elegido para ella la tumba sin nombre

donde unas horas atrás rezaba por el alma de su amante. Gabriel yacía cerca, apenas a unos pasos. Tú tienes a María de los Ángeles y a tus chamacos, dijo. Quédate con ellos. Y se alejó decidida a jamás volver a dedicarle siquiera un pensamiento.

Caminaba con dificultad, lentamente, rumbo a la salida, pisando su sombra contrahecha, angulosa, coronada con una cabellera revuelta. Un fugaz acceso de nostalgia la hizo recordar tiempos mejores, allá en el pueblo, situado en un valle junto a un arroyo. Al andar sentía las piernas como si fueran maderos hinchados; su vestido estaba cubierto de lodo blancuzco, tenía sangrantes las rodillas, las manos. Las tumbas, los nichos y las criptas que a su alrededor reverberaban a causa de la rabia del sol proyectaron en su memoria a los seres espectrales de la noche anterior. La imagen de sus sonrisas desdentadas, de esos ojos opacos mirándola tendida en un sepulcro ajeno, detuvo sus pasos y aceleró los latidos de su corazón, pero enseguida logró serenarse para reiniciar la marcha. Cuando cruzó el umbral del camposanto con movimientos muy rígidos adivinó, en la mirada temerosa del vigilante, que ella también se había convertido en una aparición.

EDUARDO ANTONIO PARRA (León, 1965) es autor de *Los límites de la noche*, *Tierra de nadie* y *Nadie los vio salir*, con el que obtuvo el Premio Juan Rulfo de cuento en 2000. Actualmente es becario de la Fundación Guggenheim.